



VOL 81 N° 6
DICIEMBRE 2013

Ilustración

JORGE DUARTE

(Artista plástico argentino contemporáneo)

Es temprano. La luz roza imperceptible las aguas plateadas y tranquilas de la bahía. A esa hora vibran envueltas en el misterio que llega desde el mar, al amparo de las sombras bajo las montañas color aceituna. Escucho un creciente y ronco hervor de máquina por encima de la cadencia pausada del oleaje. Enseguida el ladrido de protesta de un perro en la proa de un bote pequeño desprendido de su casa de aguas, donde mora un navegante anclado en medio de la bahía. El animal insiste en no tocar tierra. Al fin se tira a nadar y llega hasta ella. Ahora apremia con el ladrido a la espera del bote con el amo. La escena a la misma hora es un ritual que vuelvo a contemplar un año después. En este paisaje es inevitable no pensar en Jorge Duarte. Fue fiel y fugitivo a Cadaqués, semejante a un amante clandestino.

Cadaqués es una playa pequeña y curva, pedregosa. De arena ausente. Se asoma a una bahía calma donde el oleaje retoza sin llegar ni partir, es un habitante más del viejo lugar de pescadores que ya no es. Solo hay vestigios del muelle de troncos amurado contra la piedra. Esas aguas se extienden con la paz de un animal abúlico cuya forma es el espacio limitado por dos dientes rocosos, filosos y ganchudos, que custodian su tranquilidad. Más allá el mar enfurecido le da a la costa su nombre de bravía. Casi sobre el pedregal el minúsculo pueblo es blanco. A semeja a un granito de sal recostado contra el verde de las montañas que sopla vientos y nubes a sus espaldas. Entre las cimas y las aguas Cadaqués parece perdido. Se diría adrede, extraviado para protegerse de las inclemencias del progreso. A él suelen llegar las barcas que se detienen en cada puerto del Mediterráneo, el antiguo lago romano, que por esos parajes se vuelve un corcel desbocado. Es tan contigua la línea del pueblo con la costa, que el único y estrecho camino que se interpone, a veces se interrumpe o pasa por debajo de la terraza de alguna casa, tal como fue inmortalizado por Salvador Dalí (Ilustración 2). De los tiempos remotos, el playón del edificio de la Societat L'Amistat es el distintivo lugar que se anima a extenderse sobre las aguas recogiendo a todos los extranjeros que suelen desembarcar.

A Cadaqués, con esa fisonomía de pueblo ignorado y de pronto exaltado por Dalí, llegó casi inadvertidamente Jorge Duarte. Discípulo del maestro la imagen caden-



Ilustración 1. "Barca en Cadaqués" - Jorge Duarte - Óleo sobre tela



Ilustración 2. "Cadaqués" - Salvador Dalí - Óleo sobre tela

cosa de las aguas de la bahía anidaron por siempre en sus pupilas (Ilustración 3). A través de esa emoción

no se despegó jamás de su calma, de su golpeteo continuo, pero fraterno del exiguo oleaje contra los flancos musgosos de las barcas. El maestro le había profetizado “quédate con ellas en este sitio, multiplícalas. Estarás pintando el mundo”. No sé si alguna vez Jorge se fue de ese sitio, por más que se haya ido.

Fiel y fugitivo a ese lugar, jamás intentó extrañar a sus aguas serenas y a sus barcas contenidas de distancias. Su bitácora detuvo el pulso en la sal de los vientos que huelen a naufragios y arreadas pañoletas dominantes del lugar con sus tempestades, allende al refugio de la bahía. Su mirada se tiñó de color azul por las mañanas y esmeralda en el poniente. El pincel delineó barcas y más barcas; verdes, añiles, áureas y purpúreas. Nadie lo supo. No eran pinturas sus barcas multiplicadas, siempre libres pero solas, sino el silencio atroz que encendía su pasión inveterada de artista. Un puente entre el corazón y sus manos.

EL HOMBRE ES EL ÚNICO MORTAL. EL RESTO IRREMEDIABLEMENTE MUERE

Es un absurdo encarar la existencia con el carácter de eternidad. Desconocer lo efímero termina adjetivando a la vida con el terror de un fraude. Engañados por nuestro miedo. La imaginación estructurada de la sociedad no permite que haya delatores de la trampa. Entonces margina con su descalificación a los heraldos de la conciencia. Una contrariedad es aceptar que debemos asumir el sentimiento ante esta interpretación sórdida de la vida regida por misterios ancestrales. Legislar nuestros actos con la decisión del corazón es el drama mayor. Por eso el Ser construye un arquetipo frío, impiadoso, materialista. Sepulta su sensibilidad y avanza con el puñal de la razón asesinando a los infractores del cerebro. Matando al corazón de los que reaccionan con el afecto. El hombre actual no se involucra en discernir con el sentimiento, sino con la satisfacción de los sentidos carnales.

Ante esto la poesía, significado de hacedor. Su estructura emocional, la certeza, la justeza y el impacto hacen que no se pueda encarar ningún aspecto del arte sin la pasión poética. No se ejerce el arte cuando se quiere, sino cuando es una necesidad imperiosa de hallar un camino a la desesperación metafísica del hombre. Y la facultad poética del arte –su sustancia– hace que de improviso nos encontremos con un puñal para desgarrar el alma y vaciarla de la angustia que nos condena al ostracismo, a la tristeza, al pesimismo. La sociedad produce caminos diferentes al acto poético. No se desgarran a sí misma, mantiene una inercia exenta de lo emocional. Su maquinaria es, por impiadosa y calculadora, perversa, solo se moviliza para una existencia tapizada por intereses fatuos, lejos del espíritu, el que progresivamente también fue llevado a la podredumbre en carácter de mercancía. Se ha usurpado en nombre del espíritu la voluntad de los hombres por místicos y profetas. Se ha buscado la esperanza por el camino de las doctrinas sistemáticas. Su otro sendero, el esce-



Ilustración 3. “Una barca en Cadaqués” - Adrián Moreno - Fotografía

ticismo, el nihilismo, se nutre del sentido sin dejar el límite de conciencia. Con el misterio, pero solo llegando hasta su certeza. Se ha saqueado a los hombres en su desesperación espiritual, utilizado sus sentimientos más hondos, sus necesidades más elementales como es la tranquilidad del espíritu, para vaciarlos y dejarlos en la indigencia más abstracta. Se los obligó desde el principio de los tiempos a entregar la carne. Ahora también el alma fue cegada por intereses de pocos, obligándolos a ser parte de una sociedad que no permite acceder fácilmente a la propia identidad.

No hablo de la historia del hombre. Me refiero a su existencia como sentido de estar. Entrar en la vida, ¿tiene un sentido? Después todo es posible. Se nos lleva a deambular por una historia de acechanzas y temores. De acuerdo tácito el mundo ha resignado el tema de su origen y más aún preocupante el motivo de él. Es lo más parecido a una circunstancia sin salida a una explicación moral. Por más alta que sea la causa de su presencia [y desconocida] no se evade de la tragedia que lo envuelve. Del daño a su ánimo. De inequidad y perversiones a una condición humana lógica. Esa incoherencia es un juego de dioses inescrupulosos. Lo que vemos en el dramatismo de la vida humana es una injustificación al dolor de permanecer sin saber su real significado. Hasta ahora el único que lo explica es el hombre a sí mismo. Más por temor que por sabiduría. El hombre normal es un disfraz del miedo. Con su palabra intenta el significado, con sus acciones busca ser eterno, con su pensamiento se atemoriza de su ser, de la sociedad. ¿Cómo hallar un mundo mejor con sus actuales máscaras?

El mal del hombre es previo a ser, en ese momento. Luego ya es un ser extraviado. Un hombre dominado por el temor de lo que no entiende, sabiendo que conoce su límite. Aceptar una libertad del pensamiento es condenar a esta sociedad si continuamos con la historia que estamos construyendo. En esa iniquidad se gesta la consecuencia que perturba y evita que el hombre entienda que no puede acrecentar su drama después de muerto.

Noche gélida en Buenos Aires. Estoy ensimismado en este artículo que me inspira la obra de Jorge Duarte. De pronto el teléfono. Inconsciente me niego al llamado

y a su confianza. Sigue insistiendo y acepto. Una voz lenta y acongojada me quita el miedo para dejarme el dolor: "Jorge acaba de partir". Creo sentir en medio del oleaje el ladrido del perro que no quería tocar tierra. Lo comprendo, los humanos tampoco quisiéramos saber del destino. ¿Qué sentido puede tener seguir escribiendo?

Intento no participar de este teatro del mundo. Cuando aprendí a ser yo y quitarme la máscara el semejante me señaló. Individualizarme ha sido mi marginación, excretado de la escena que representa la sociedad en su vigilia teatral. Solo el hombre en

su sueño, en su auténtica soledad sin influencias de nadie, es capaz de recuperar su autenticidad, lejos de la sedición de un mundo que ocupa las calles. Y niega las identidades. Y niega la profundidad del ser. No se está en la vida, se está en una vida. La conducta, los gestos, las palabras, todo parece servir a los escombros que fabrican los intereses del hombre.

Las barcas de Duarte siguen solas. Como le gustaban a él. Igual que la realidad que acontece.

Buenos Aires, noche del 23 de julio de 2013.

Jorge C. Trainini